

que el acusador declaraba en falso. Pero cuando oyeron la pregunta última que el discípulo de Jesucristo dirigía al falso testigo, mordieron los labios con increíble despecho, y maldijeron á Gamaliel de todo corazón, proponiéndose tal vez impedir que Nicodemus siguiera preguntando á los testigos que en adelante se presentaran.

El bueno y noble sacerdote, viendo confundido tan completamente al falso acusador, dirigióse al Nasi y le dijo:

—También este segundo testigo ha declarado en falso; ha acusado á un inocente de un crimen que merece la muerte. La confusión en que ve el Sanhedrin al acusador falso, da pruebas irrefragables de su crimen, y yo pido al tribunal que se cumpla con él la ley, como lo he pedido en justicia para su compañero por la falsa acusación de que se halla convicto.

El testigo fue retirado de la sala por orden de Gamaliel, y al pasar junto á Onkelos, le dijo con reconcentrada rabia, y con acento lo bastante fuerte para que fuese de todos oído:

—¡Me habeis vendido!

Onkelos avergonzado y frenético balbuceó por lo bajo:

—No temas; yo te salvaré.

—¡No temas!—dijo con desesperación el testigo al salir de la sala;—también me decías una hora atrás que no debía temer, y sin embargo ya lo ves, Onkelos.

Y esto lo dijo el testigo con voz tan alta, que no hubo nadie en el salón para quien pasara desapercibido lo que hablaba el confundido acusador.

Onkelos corrido y avergonzado; rabioso y desesperado, maldecía á Dios, á Jesucristo, á sus compañeros, á los testigos y hasta á sí mismo.

Su situación era incalificable, y en su mismo crimen empezaba á encontrar una parte del castigo que mereciera.

Es indecible lo que sufría y rabiaba el fariseo.

—¡Oh!—dijo mordiéndose la lengua;—después que todo esto haya terminado, he de lavarme la boca y los ojos con la sangre de ese maldito Nicodemus, que osa ponerme en ridículo y contradecirme. ¡Oh! sí, sí! he de lavarme la boca y los ojos con su sangre!

CAPITULO XIII.

Acusaciones falsas.

Un nuevo testigo acusador se presentó delante del tribunal. Tenía poco más ó menos el mismo carácter de los dos anteriores, es decir; llevaba escrito en el semblante pertenecer al número de los que, por sus malos antecedentes, no podían ser admitidos á testificar contra ningún israelita.

Gamaliel no preguntó nada acerca del particular, porque tenía por cierto que el mismo Onkelos respondería del falso testigo, así es que no bien le hubo hecho la exhortación que hemos visto para que dijera la verdad, y apenas hubo tomado el juramento necesario, empezó el interrogatorio de la siguiente manera:

—¿Conoceis á Jesús de Nazareth?

—Sí, le conozco perfectamente.

—¿Es el mismo en persona el que ha cometido el delito de que le vais á acusar?

—El mismo.

—¿Estais positivamente cierto de ello? Miradle bien.

Y señaló á Jesucristo, á quien el testigo falso miró con suma indiferencia. Luego dijo:

—Sí, es el mismo.

—Pues bien, ¿qué tenéis que decir contra él? ¿De qué tenéis que acusarle?

—De alborotar y trastornar el pueblo, con sus miras ambiciosas.

—¿Y cuáles son esas miras? Vos, según supongo, habéis oído de sus labios la esposición de ellas, para que vengais á acusarle por ello.

—Sus miras son las de atropellarlo todo, de undirlo todo para coronarse rey de Israel, y después hacerse adorar como si fuera un Dios.

—¿Habeis oído, os repito, algo de sus labios, que nos pruebe la verdad de vuestra deposición?

—Sí; yo he oído como cinco días atrás exhortaba al pueblo á que le proclamara por su rey, y le trasladara en triunfo al templo para hacerse adorar allí en lugar de Dios.

—¿Y dónde sucedió lo que decís?

—Al salir de Betania.

—¿Estábais solo?

—No; una innumerable multitud estaba conmigo allí. Yo me desprendí de ella viendo el creciente alboroto del pueblo, que todo lo atropellaba, que lo amenazaba todo, obedeciendo á las excitaciones del sedicioso.

Y como Gamaliel se diera por satisfecho, porque poseído del temor, solo preguntaba á los testigos acusadores por mera fórmula, Nicodemus dispúsose á continuar en el empeño de su nobilísimo papel.

Antes, sin embargo, es de advertir que los enemigos de Cristo hallábanse muy satisfechos de la deposición, suponiéndola de tal naturaleza, que era muy difícil hacer

contradecirse al testigo, si como creían se mantenía firme en el punto fundamental de la acusación.

Dios, no obstante, había dispuesto las cosas de otra manera, porque interesaba mucho que claramente apareciese la sentencia de muerte del Salvador, como una obra de las más sórdidas pasiones, y no de la justicia de los hombres. Obedeciendo á la inspiración del Eterno, Nicodemus, que sabía cuán falsa era la deposición que de hacerse acababa, preguntó al acusador:

—Inferís al pueblo de Dios una gravísima ofensa, suponiéndole alborotado y atropellándolo todo. Si tan alborotado estaba, si tantos atropellos se cometieron aquel día, decidme: ¿por qué el Pretor, á quien interesaba la tranquilidad de Jerusalem más que á otro, por qué, repito, no procuró impedir el alboroto de que acusáis al pueblo?

La pregunta de Nicodemus hizo una gran sensación entre los individuos del Sanhedrin, y desconcertó bastante al acusador. Este dijo casi balbuceando:

—Yo no he pretendido nunca inmiscuirme en los asuntos de estado.

—Y sin embargo, la acusación que lleváis al tribunal no es otra cosa que un gravísimo crimen de estado; es una acusación, no solo de sedicioso, que deponéis contra Jesús de Nazareth, sino hasta de traidor á las armas romanas, que dirigís contra Poncio Pilatos.

—¡Traidor!... —dijeron todos los jueces levantándose contra Nicodemus, pretendiendo así reducirle al silencio, porque esperaban sin duda espantarlo.

Más el buen sacerdote no por eso se amilanaba. Ya hemos dicho que estaba resuelto á morir, con tal que pudiera llevar perfectamente á término feliz la idea que le animaba.

Así es que sin desconcertarse dijo al tribunal :

—Léjos de mí, acusar de traidor á las armas del imperio á Poncio Pilatos ; aquí si hay álguien que le acusa de semejante cosa es el testigo, señores ; el testigo que acusando á Jesús de sedicioso y alborotador, y al pueblo de trastornarlo todo y de alborotarlo todo, acusa al Pretor de inacción, de indiferencia, porque es cosa sabida, que Pilatos no tomó medida alguna para reprimir la sedicion de que habla el testigo. Ahora bien, decidme ; ¿ si las cosas hubieran tenido visos de la gravedad que el testigo las supone, la inacción del Presidente romano no hubiera sido una especie de traicion al imperio ? Por otra parte, es cosa singular que á ser como el testigo lo declara, nosotros, que constituimos el Sanhedrin, hayamos de juzgar á un hebreo de un delito en el cual no podemos entender, porque seria dirigido contra Roma, y no seria, por tanto, incumbencia del tribunal de Israel.

Los jueces inícuos callaron aplastados por la lógica de Nicodemus, mientras este dirigiéndose de nuevo al testigo seguia diciéndole :

—Vuestra acusacion, de la cual el mismo Pilatos es testigo en contra, podia costaros muy cara si llegase á oídos del Pretor, porque como sabeis muy bien, los romanos no perdonan nunca esta clase de ofensas. Pero ya que decís que el pueblo que seguia á Jesús lo atropellaba todo, por donde quiera que pasaba, desearia que me citaseis algunas de las víctimas del atropello que denunciáis. Todos los aquí reunidos nos hallábamos en Jerusalem, y sin embargo, no hemos oido á nadie la singular acusacion de esos atropellos.

El testigo, que no esperaba se le preguntase tanto, ni que en tal aprieto se le pusiera, no supo que contestar

cuando Nicodemus le dijo que hallándose en Jerusalem todos los allí reunidos, nadie habia oido citar uno solo de los atropellos que el falso testigo denunciaba.

Y no supo ni pudo contestar al buen sacerdote, que por tercera vez dejaba á Onkelos y sus tramas completamente en ridículo. ¡ Oh ! el tormento que sufría entonces el fariseo era verdaderamente un tormento infernal, insoportable. Ver confundido de aquella manera su detestable orgullo ; ver echada por tierra su reputacion de gran sábio y de gran talento, mirando las tramas que urdiera confundidas y desbaratadas, por un hombre que nunca gozara ni la mitad de la fama científica que distinguia á Onkelos ! ¡ Oh ! esto era para el malvado fariseo cosa que no se podia soportar.

Nicodemus continuó :

—Si vuestra principal acusacion resulta falsa, es regular que lo resulte tambien la de que Jesús de Nazareth intentaba por aquellos medios hacerse adorar en el templo en lugar de Dios. Si estas hubiesen sido sus intenciones, decidme ; ¿ por qué no se aprovechó del entusiasmo popular para llevarlas á término feliz ? ¿ por qué en vez de ponerse á predicar á ese Dios, que vos habeis pretendido que intentaba arrojar del templo, no se introdujo en el *Sancta Sanctorum*, y no se hizo rendir homenajes divinos ?

El testigo cada vez mas confundido, se hallaba en un portio, como suele decirse, y de sus labios no salia ni una palabra... solo su confusion y su congoja publicaban la falsedad de su impía acusacion.

—Nasi de Israel, yo estoy satisfecho, y el testigo se halla convicto de falsedad. Ahora dejo á vuestra sagaz penetracion lo que de él debe hacerse, puesto que el gobernador romano ha ido involucrado en la acusacion falsa que se acaba de oír.

De nuevo las palabras de Nicodemus asombraron al Sanhedrin, y llenaron hasta de miedo á algunos individuos. Caifás habló al oído de Gamaliel, hizo una seña á Onkelos, y ambos salieron de la habitacion. El nombre del Pretor les infundia miedo, les llenaba de espanto, les decia que toda prudencia, por mas grande que ella fuera, venia á ser poca ya, si Pilatos volvía á ser nombrado durante el curso de aquella acusacion.

Nicodemus empezaba á ser un formidable enemigo, y los que no temian la injusticia, empezaron á temblar ante la figura de un empleado de Roma.

—¿Qué hacemos? Ese miserable á quien trague la tierra y devore el fuego del infierno, nos ha puesto en una situacion difícil:—dijo Onkelos bramando de rabia y despecho.

—Es necesario que el nombre de Pilatos no vuelva á resonar aquí, porque de otra manera, la oracion tal vez llegaría á volverse por pasiva:—contestóle Caifás frenético y al mismo tiempo temeroso.

—Pero si ese Satanás se empeña en hacerle salir á plaza al Pretor, lograra conseguirlo.

—Lo mejor es que el segundo testigo, que habia de acusar de sedicioso al Nazareno, no entre. Vale mas que esta acusacion resulte inútil por falta del número legal de acusadores.

—¿Y acaso no ha resultado contraproducente por la confusion del testigo? ¿Acaso los que han acusado al Nazareno hasta aquí no son acusadores sin valor, y sus acusaciones no me están confundiendo?... ¡Oh! ¡estoy ciego! ¡estoy ciego!... Á no ser así, hubiera escogido otros asuntos, pero por otra parte, ¿quién habia de suponer la debilidad de que Gamaliel ha dado muestras, y la audacia de ese miserable de Nicodemus, á quien he de despedazar con mis

propias uñas?... ¡Parece imposible! ¡Onkelos avergonzado, Onkelos corrido y hecho ya objeto de rechifla por ese necio de Nicodemus, y por causa del Nazareno á quien aborrezco tanto!

—Observad que no estamos en ocasion de lamentarnos, sino de obrar;—díjole Caifás complacido en parte, viendo humillado de tan gran manera al fariseo, pero esperando mucho aun del ingenio desdichado del discípulo de Hillel.

—¿Y qué se ha de hacer? El caso seria sentenciar desde luego al Nazareno, sin alegaciones de testigos, sin acusacion ni defensa... pero esto no puede ser.

Su último concepto lo dijo con voz baja y cavernosa, llena de una rabia y desesperacion inverosímiles.

—¿Por qué no puede ser?—preguntóle Caifás dispuesto á todo, con tal de llegar á lo que tanto deseaba.—Sabeis, —continuó;—sabeis, Onkelos, que seria cosa por demás chocante que no pudiésemos condenar al Nazareno, y que despues de las duras lecciones que le hemos dado, nos halláramos en el caso de devolverle la libertad, y de castigar á los que le han maltratado, para darle una satisfaccion?

—Caifás, ya sabeis que esto es imposible.

—Sin embargo este término tendrán los escrúpulos que demostrais.

—¿En qué?—preguntó Onkelos furioso, pues no podia sufrir que nadie le viniese á indicar que era mas enemigo que él del divino Cristo.

—Los demostrais en condenar sin oír testigos, ni defensas al Nazareno. Si no pasamos por todo, no llegaremos á conseguir nuestro objeto.

—Sois muy cándido, pontífice;—murmuró el fariseo con una sonrisa sarcástica, que hirió á Caifás hasta el fondo del alma.

—¿No me diréis la razon de mi candidez?

—¿Por qué no? Si llevamos al Nazareno delante de Pilatos para que autorice con su corroboracion nuestra sentencia, ¿pensais que querrá hacerlo si no ve el crimen comprobado en el proceso que le presentemos? Los testigos son necesarios, y la sentencia debe hallarse basada en sus alegaciones.

—¡Es verdad! —murmuró Caifás deponiendo instantáneamente su orgullo. —¿Y ahora, pues, qué debemos hacer?

—Alejandro y Juan deben prescindir de lo que resulte de las preguntas que Nicodemus dirija á los testigos, y no solo esto, sino que se deberá arreglar la defensa que haga vuestro compañero de ministerio y partidario de *ese hombre*, de modo que esa defensa aparezca cosa de juego. Finalmente, no debe resonar el nombre de Pilatos para nada en la causa, y de consiguiente deben evitarse todos los incidentes y deposiciones, que aun remotamente puedan traer involucrado el nombre ó los intereses de Roma. Siendo así, es del todo indiferente que ese maldito de Nicodemus pregunte á los testigos todo lo que le viniere en gana. De esto, todo lo mas que resultará, será alargar la sesion algunas horas.

—¿No imaginais otro medio?

—No. Creo que es el mas racional y asequible; creo que es el único que puede darnos el resultado que apeleamos.

—Bueno, pues; hablaré á los secretarios, y se hará como deseais... Y entremos otra vez en el salon, porque los jueces estarán impacientes.

—¿Y á mí qué me importa? Cuando con tanto afán y disgustos procuramos quitarlos de en medio la detestable sombra del Nazareno, bien pueden molestarse un poco, mientras nosotros acordamos el órden que en este asunto debemos seguir, para que no demos un paso en falso.

Y mientras Caifás entraba en el salon, para prevenir á los secretarios de lo que con Onkelos habian acordado, y hasta para indicar con tono amenazador á Gamaliel la manera como en adelante debia proceder, el miserable fariseo dirigióse al lugar donde se encontraban los testigos falsos, y habló largo rato en secreto con dos de ellos.

Luego volvió al salon, tomando asiento otra vez en su puesto, no sin antes haber dejado caer una mirada de satánica alegría en Jesucristo, al considerarle preso y tan mal tratado, y otra de cólera y amenaza infernales en Nicodemus.

El Señor recibió humilde y resignadamente aquella mirada fiera, compadeciendo al desdichado que se la dirigia. Nicodemus, contemplando la resignacion de Jesucristo, y considerando que aquel Ser tan horriblemente desfigurado era el Maestro de la verdad, y el Dueño del cielo, pensó que seria para él una verdadera desgracia no morir á manos de los que maltrataban tan duramente á Cristo, despus que hubiese hecho todos los esfuerzos posibles para evitar, no solo la muerte de Dios, sino tambien para hacer pública y manifiesta su inmaculada inocencia. Y con este pensamiento, la mirada amenazadora que Onkelos le dirigió, lejos de ser para Nicodemus mirada de horror, lo fue de suprema y gratísima esperanza.

—¡Oh! —se dijo el noble defensor de Cristo; —ver su muerte ha de ser mas terrible que morir. Ver á un Dios sentenciado por su pueblo escogido, como si fuera un delictable criminal, es cosa que rompe las entrañas, es cosa que desgarrá el corazon, es cosa que pone en los labios una silbante invocacion á la muerte... Pueblo de Israel; pueblo elegido; ¿que será de tí si matas al Mesías que habia descendido del cielo para salvarte? ¿Cómo podré en adelante morar Dios en medio de tí, si tú ¡ingrato! acompa-

ñas al patíbulo al único Hijo del Altísimo?... ¡Señor Dios misericordioso; por las angustias que debe sufrir la desgraciada Madre de Cristo, ten compasión de nosotros; ten piedad de Israel, porque está loco!...

Aun Nicodemus no habia terminado las últimas palabras de su plegaria dolorida, cuando de nuevo fué introducido en el salon otro testigo falso. Era uno de aquellos con quienes Onkelos hablara poco antes.

Su aspecto era mas decente que el de los tres anteriores, pero llevaba impreso en la mirada y en la posición de sus delgados labios, un no sé qué de repulsivo. Era uno de aquellos hombres contra quienes nada tienen que ver los tribunales humanos, de quienes nada pueden decir en contra los mortales, pero de los que no se fia ningun hombre, y con los que el tribunal de la justicia divina tiene mas que ver que con los mismos criminales, condenados por los jueces de la tierra.

Gamaliel miróle con indiferencia, y hasta al ver el rostro del nuevo testigo, se dijo para sus adentros:

—Ese hombre es digna hechura de los que le han conducido aquí. ¡Cuán repugnante papel estoy representando, para prorogar por pocos dias una vida inmaculada, que deshonro ahora!...

Despues sonrió ligerísima pero amargamente. Su sonrisa era de desesperacion, era un sarcasmo sangriento arrojado al rostro de su cobarde alma.

Luego haciendo un movimiento de hombros, cual si quisiera demostrar que le importaba poco, empezó á preguntar al falso testigo de la siguiente manera:

—¿Qué objeto os conduce aquí?

—El de acusar á Jesús de Nazareth, — respondió resueltamente el testigo.

—¿Conoceis perfectamente el sugeto á quien vais á acusar?

—¿Quién no le conoce en Israel?

—De modo que ¿podeis identificar su persona?

—Aunque la vea destrozada, — repuso el testigo con cinismo.

—Mirad si es el que se halla sentado en medio de la sala.

El testigo sin volverse siquiera á Jesucristo dijo:

—Es el mismo; le he visto al entrar aquí.

—¿De qué acusais, pues, á Jesús de Nazareth?

—De poner la independenciam de la patria en gran compromiso.

—¿En qué fundais vuestra gravísima acusacion?

—En que prohibe á sus secuaces pagar el tributo al César, y si ello llega á oídos del gobernador romano, como perfectamente comprenderéis, la paz y la seguridad de Judá se hallan seriamente amenazadas.

—¿En efecto! — dijo Anás, como para dar mayor fuerza á la deposicion, falsa á todas luces, del vil testigo.

—En efecto... — repitió complacido Caifás, moviendo la cabeza de una parte á otra.

—¿En efecto! ¿En efecto! — repitieron los enemigos de Jesucristo allí reunidos, que todos eran lo que vulgarmente se llama mulos de reata.

El testigo se ufano, viendo el aplauso que sus falsas deposiciones obtenian, y paseando complacido la mirada por el salon, una finísima sonrisa vagó durante unos momentos por sus labios delgados, como vaga un fuego fatuo sobre una tumba durante las calurosas noches de verano.

Gamaliel, siempre indiferente, y mirando con asco al testigo, siguió preguntándole de esta manera:

—Conoceis las leyes del pueblo escogido, y por lo tanto

supongo que sabreis que la deposicion de un solo testigo es nula delante de un tribunal de Israel. ¿Existe álguien mas, que pueda acompañar con la suya, la acusacion que presentais contra Jesús de Nazareth?

— Ignoro si se presentará álguien mas para atestiguar mi deposicion, pero si esto no sucede, no será por cierto por falta de testigos, que oyeron como yo la excitacion que hacia el Nazareno al pueblo, para que se guardara de pagar el tributo al César.

— ¿Y dónde sucedió eso?

— En esta misma ciudad.

— ¿Cuándo?

— Cuatro dias ha, y dentro del recinto del templo.

— ¿Cómo sucedió? ¿Recordais las palabras proferidas con este motivo por Jesús de Nazareth?

— Sí; las recuerdo perfectamente.

— Citadlas, pues.

— Un maestro de la ley, á quien no conozco, acercóse al Nazareno y le preguntó si era lícito pagar el tributo al César, y como quiera que el sedicioso solo procura crear dificultades entre Israel y Roma, dijo que la ley lo prohibia, y que por tanto no solo no era lícito á los israelitas pagar dicho tributo, sino que debian rechazar toda moneda que llevase grabadas las insignias del imperio. «Solo la palmera, que es la insignia del pueblo de Judá, y el busto de los reyes descendientes de David, de cuya familia soy, — añadió, — solo estos grabados son permitidos en las monedas que debe usar el pueblo de Dios.»

El testigo mentia descaradamente, hasta el extremo que los mismos enemigos de Cristo temieron que hubiese mentido en exceso. El adagio latino es muy cierto: *El que prueba demasiado no prueba nada.*

Nicodemus se estremeció al oír al testigo. Juzgaba imposible que hubiera hombres en la tierra, para quienes la mas detestable sordidez de la mentira y de la impostura fuese el alimento favorito de su alma.

El Nasi dijo entonces al falso acusador de Cristo:

— Gravísimas son vuestras deposiciones, y materia bastante para condenar un hombre á la muerte, si es que se hallan confirmadas por la evidencia que resulte de los demás testigos.

Despues dirigiéndose á los jueces del Sanhedrin prosiguió:

— ¿Os dais por satisfechos, señores, de la acusacion que acabais de oír?

— Sí, — dijeron á coro sesenta y seis voces.

— No, — contestaron otras seis.

— Mengua seria para un tribunal de Israel, — repuso Nicodemus, — que semejante acusacion no se viese mas esclarecida. Yo, conducido de la mano por mi conciencia, no me doy por satisfecho de vuestras preguntas, Nasi, y reclamo el derecho que me asiste de preguntar al acusador.

— Podeis hacerlo; nadie se opondrá á ello, — contestóle Caifás con sorna.

Nicodemus empezó el interrogatorio con la siguiente pregunta:

— Volved una mirada en torno vuestro, y decidme si conoceis todos los jueces reunidos aquí.

— Les conozco tan bien como á vos, — contestó el testigo, sin hacer lo que Nicodemus le indicaba.

— Á pesar de todo, — insistió el buen sacerdote, — os ruego que gireis la mirada en derredor vuestro, porque tal vez no conoceis á todos los jueces reunidos aquí.

El testigo, que ignoraba á qué se dirigia la indicacion

de Nicodemus, pensando tal vez si habria entrado un nuevo juez á formar parte del Sanhedrin, hizo lo que le decia el noble defensor de Cristo.

— Á todos les conozco, — contestó despues.

— ¿Hace muchos años?

— Algunos.

— ¿De modo que en cualquier parte que vieseis á alguno de nosotros, ora fuese de noche, ora de dia, no titubearíais en asegurar que aquel es un juez del tribunal supremo de Israel?

— Y no me equivocaria; estoy seguro.

— Siendo así, ¿cómo os atreveis á declarar que no conocéis al maestro de la ley, que preguntó á Jesús de Nazareth si era lícito pagar el tributo al César?

— Es que aquél rabino no está aquí; es que aquel rabino no es ninguno de los jueces del Sanhedrin.

— Yo os digo que sí. Aquel rabino está en medio de nosotros, os oye, y debe admirarse tanto de que vos pretendais desconocerle, (puesto que á todos habeis dicho que nos conocíais perfectamente de algunos años á esta parte), como de que cambiéis completamente las palabras que Jesús le contestó.

— Es que tal vez el caso de que yo acuso al Nazareno sea diferente del que vos quereis indicar, — repuso el testigo desconcertado ya, pero haciendo un esfuerzo supremo para mantenerse sereno.

— En mi concepto es el mismo, pero ya que indicais vos que puede ser otro, decidme:

— ¿Dónde aconteció el hecho que constituye vuestra acusacion?

— He dicho en el templo.

— ¿Qué dia?

— He dicho tambien que fue cuatro dias atrás.

— ¿En qué hora del dia sucedió?

— Á la mañana.

— Habeis dicho, si mal no recuerdo, que habia allí mucha gente que oyó las palabras con que Jesús, no solo prohibia pagar el tributo al César, sino tambien aquellas en que indicaba, segun vos, ser él el rey de Israel.

— He dicho la verdad.

— Pues bien; yo presencié tambien el hecho, y oí todo lo contrario de lo que vos deponéis. El rabino que le preguntó á Jesús habeis dicho que os era desconocido, y está en este salon, á cuyos individuos conocéis perfectamente; y todos los que aquí nos hallamos reunidos sabemos que vuestra deposicion es falsa, porque presenciamos el hecho. Jesús no dijo que no debian pagarse al César los tributos; no habló de monedas de Roma ni de Israel, y simplemente demandando al que le preguntaba si llevaba una moneda, y contestándole el rabino que sí, hizo Jesús que se la enseñara. Entonces dirigiéndose á su interlocutor, y señalando la efigie grabada en la moneda, le preguntó de quién era aquel busto, y como que por contestacion obtuviese que representaba al César, Jesús dijo entonces estas notables palabras: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.* Esta es la historia.

— Es que pudo ser otro hecho el que acuso.

— ¿Y hubiera sucedido lo contrario que en el anterior, el mismo dia, la misma mañana, en el mismo templo, y delante de la misma multitud que escuchaba atenta á Jesús? ¿No conocéis que esto os confunde mas?

El testigo calló, no hallando contestacion que hacer á Nicodemus. El buen sacerdote continuó de esta manera:

— En vista de semejante contradiccion; en vista de los

hechos que os confunden, es inútil que negueis ya por mas tiempo. El mismo gobernador romano saldria á deponer contra vos en este asunto, porque Pilatos no puede perdonar á nadie que prohiba pagar el tributo al César, y sin embargo dejó en paz á Jesús, lo que prueba que no dijo lo que vos deponéis.

El testigo falso llenóse de palidez, empezando á temblar de congoja y de miedo.

Onkelos, á quien molestaba bastante el propósito de Nicodemus de hacer salir á plaza el Pretor, temiendo aquel nombre, pues en el patio habia soldados romanos, y era posible que notificaran el hecho á Poncio Pilatos, dijo:

—Mucho interés demostrais, Nicodemus, en que el nombre de Pilatos salga á relucir en la presente causa.

—Pilatos es un testimonio de la verdad, y de consiguiendo un juez que examina á un testigo acusador, debe valerse de todos los testimonios y de todas las armas que tiene á mano para confundirle, particularmente si sabe con certeza que la deposicion es falsa.

—¿Y vos sabiais eso? — preguntó furioso el fariseo.

—Ni mas ni menos que vos, Onkelos, porque vos y yo y todos los presentes presenciarnos el hecho, y hubo mas de uno allí que se marchó confundido y mordiéndose los labios, al oír la sábia contestacion dada por Jesús á uno de nuestros compañeros.

—Pero ¿qué empeño teneis en citar el nombre del gobernador romano!...

—Decidme, Onkelos, ¿no es acaso Pilatos un testigo irrefutable de la inocencia de Jesús, en el crimen de que el testigo que acabo de preguntar le ha acusado? ¿Por qué, pues, no he de valerme de todas las armas legales para confundir á un calumniador sin vergüenza ni conciencia,

que pretende con una falsa deposicion llevar un inocente á la muerte? Reclamaremos, si es necesario, el testimonio del Pretor, y entonces sabremos á qué debemos atenernos.

Onkelos calló. Era tanta la rabia que le devoraba, que su baba destilaba veneno, y su mirada emponzoñaba el aire.

Aquel dia tan esperado por el fariseo, habia venido á ser el dia de su mas vergonzosa derrota, el dia en que su reputacion viniera públicamente al suelo, pues de nadie era ignorado que Onkelos preparara los testigos.

El fariseo creyó notar un ademan de disgusto en Anás, y creyó ver un movimiento, que indicaba el desprecio en todos los demás jueces iníquos: el fariseo creyó leer en aquel ademan y en aquel movimiento estas palabras:

—Onkelos es un tonto presumido. Sus vociferaciones nos han engañado á todos. ¿Quién de nosotros no hubiera dispuesto las cosas de un modo mas conveniente y acertado?

Aquel ademan, aquel movimiento, escitaron mas y mas la frenética furia del miserable fariseo, que creyendo ver derribado por el suelo el castillo de su orgullosa reputacion, pensaba tal vez enloquecer.

—Estoy ciego, — murmuraba, — estoy ciego, y solo el diablo que hace suya la causa del Nazareno, puede haber oscurecido mis ojos y mi inteligencia de semejante manera! ¡Oh! ¡estoy ciego, estoy ciego!... De hoy mas el mismo Eleazar podrá burlarse de mi sabiduría y de mi prudencia; de hoy mas cualquiera de esos necios que me rodean podrá echarme en cara mi ignorancia, y no habrá uno siquiera que atribuya este resultado vergonzoso á la desgracia, al diabólico misterio que me ha cegado!... Reputacion mia, á tanta costa y con tantos años de estudio levantada, si hasta un momento de desgracia para perderte, ¿dónde le iré á buscar para que no me abandones en adelante?

Y así diciendo mordía sus labios, rasgaba su ropa, clavaba sus uñas en la carne de su pecho, y al sacarlas ensangrentadas, metíase frenético los dedos en la boca. Onkelos era ni mas ni menos que la figura de un diablo desesperado en forma humana.

Anás y Caifás saboreaban con placer la humillacion ruidosa del fariseo, y como habian tomado el partido de arreglar el sumario de la causa del mejor modo que les pareciera, libres ya del cuidado que les ofreciera antes la incertidumbre de la suerte de Jesús, gozaban en la humillacion de aquel ente orgulloso y apasionado, que tanto les humillara antes.

Así es, que léjos de impedir ya á Nicodemus que preguntara á los testigos á su placer, pensaban indirectamente favorecerle, toda vez que sus preguntas solo debian dar por resultado la destruccion de la fama y del prestigio de Onkelos. Los enemigos de Cristo eran verdaderamente un nido de vívoras, que se destrozaban con placer los unos á los otros, y que solo marchaban compactos y unidos, y que solo olvidaban sus odios y rencillas, para convertirlos todos con saña desusada contra el divino Salvador.

En esta situacion dirigióse Nicodemus al Nasi, que por las demostraciones de frenesí que daba Onkelos, conoció perfectamente ser él quien habia dispuesto lo que los testigos debian deponer. Y le dijo el sacerdote, discípulo de Cristo:

—Nasi de Israel, tambien en la deposicion de este testigo ya involucrada la persona y la autoridad de Pilatos, y por lo tanto, al darme por satisfecho con lo que le he preguntado, no necesito haceros escitacion alguna para que cumplais con vuestro deber.

—El nombre de Pilatos no ha resonado aquí sino en

vuestros labios, Nicodemus, y no es justo involucrarle en la sumaria de la causa, — dijo Anás, á quien como hemos visto, la persona del Pretor le hacia muy mal efecto en aquel asunto.

—Pues bien, — contestó Nicodemus, — ya que he sido yo el que le he pronunciado por primera vez, hallándole como consecuencia natural de la declaracion, no tengo ningun inconveniente á presentarme delante del Pretor, junto con el testigo, y repetir allí lo mismo que he dicho aquí... Y por cierto que esta seria cosa que me hubiera de agradar mucho, puesto que saldria así tanto mas clara la inocencia de Jesús, cuanto mas manifiesta resultase la falsedad de la acusacion infame que acabais de oír.

La contestacion de Nicodemus alarmó visiblemente á los congregados en el salon, y particularmente á los pontífices Caifás y Anás, quienes queriendo impedir que la persona de Pilatos saliera á plaza, léjos de ver satisfechos sus deseos, los miraban mas combatidos cada vez, y cada vez menos fáciles de realizar.

Para atajar este mal, que podia tomar proporciones de gravísimo, el taimado Anás pensó que lo mejor era ceder un poco, con el objeto de ver si se conseguia lo que intentaba. Al efecto dijo:

—Sin duda alguna que la deposicion de ese hombre tiene todos los caractéres de falsa. El testigo acusador se halla confundido, y algunos de nosotros no pueden dejar de confesar, que oimos decir al Nazareno todo lo contrario de lo que el testigo le acusa. De consiguiente bueno será que se prescinda de su atestiguacion, y que echemos tierra de por medio, como se suele decir.

—Pero esto no ha de ser sin que recaiga sobre el falso acusador, sobre el detestable impostor, sobre el miserable,

que con una calumnia asquerosa quiere conducir un inocente al patíbulo, esto no ha de ser, sin que recaiga sobre el falso testigo un castigo ejemplar, para que los demás escarmienten en cabeza ajena.

El testigo, oídas estas palabras, y consideradas las del malvado viejo Anás, empezó á temblar como una hoja azotada por los céfiros de la tarde. Y se disponia á excusarse, cuando el Nasi hizo una señal para que le sacaran de allí é introdujeran otro testigo.

Onkelos no sabia lo que le pasaba. Caifás dió la orden de que penetrara otro testigo en la sala para que el fariseo recibiera una nueva humillacion.

Gamaliel despues de las escitaciones de costumbre para que el falso testigo dijera la verdad, y despues de haberle tomado el consabido juramento, empezó á preguntar al acusador con su habitual indiferencia, como quien, cual solemos los españoles decir, ha echado la capa al toro, y le importa poco lo que vendrá.

El nuevo testigo declaró con nuevas variantes lo mismo que el anterior, por cuya razon harémos gracia á nuestros lectores de las preguntas y respuestas, que se cambiaron entre el Nasi y el falso acusador.

Cuando tocó á Nicodemus la vez de preguntar, en lugar de hacerlo, dirigió con indignacion al miserable instrumento del crédito científico de Onkelos los siguientes apóstrofes:

—¿Cómo os atreveis á declarar delante de un tribunal de Israel una impostura tan manifiesta como la que ha movido vuestros indignos labios? De nada os sirve la augusta majestad de esta asamblea, á nada os mueve la divina institucion del Sanhedrin, para que vengais á profanarle con vuestras calumnias y con vuestros detestables embustes?

Todos los aquí reunidos, todos los jueces de Israel saben que vuestra deposicion es falsa, y falsa hasta el extremo de que á vuestro digno compañero, á ese miserable que os ha precedido inmediatamente, espera ya el terrible, el implacable castigo que merece por su deposicion, por esa deposicion falsa de la cual se halla convicto. Juzgad vos si mereceis ó no la misma pena, cuando vuestro crimen es igual al suyo.

El testigo, que venia prevenido con una larga série de respuestas, no esperaba de ningun modo el exabrupto de Nicodemus, y le cogió tan de nuevo, que desde luego dióse por perdido, y empezando á sudar y á estar tembloroso, confesó pública y solemnemente que su testimonio era falso, y pidió á los jueces perdon del crimen que habia cometido, instigado por uno de los presentes.

Onkelos dió un salto sobre el asiento que ocupaba, y su rostro tomó un color amoratado, al tiempo que sus manos se abrian y cerraban con precipitacion nerviosa. Quiso hablar, mas no pudo; aquel miserable combatido á la vez por tantas pasiones devoradoras, parecia un reloj al que se rompe el muelle luego de haberle dado cuerda; todas sus potencias se agitaban á la vez de un modo confuso, vertiginoso, indecible, y de este movimiento discorde y rápido, resultaba la completa inutilizacion de aquel desgraciado fariseo.

—¿Y quién de los jueces es tan indigno; — gritó Nicodemus con indignacion nobilísima; — quién llega al extremo de corromper los hombres en Israel, para que declaren falsamente contra un inocente?...

El testigo iba sin duda á proferir el nombre de Onkelos, pero Nicodemus no le dió tiempo para hacerlo, porque continuando en su indignacion prosiguió:

—¿Y qué israelita sois vos, á quien no espanta la san-

gre de un inocente, que por vuestras falsas acusaciones caeria sobre vuestra cabeza? ¿Qué Dios es el que adorais, cuando profanais ¡blasfemo! su santísimo nombre, jurando en falso, para dar así mas valor á vuestras miserables acusaciones? ¿Y dónde está vuestra conciencia, que os prestais á servir de un instrumento directo á la muerte de un inocente, prestándoos ¡impío! á declarar contra el justo?... No, vuestra iniquidad no tiene excusa; vos sabíais que ibais á acusar á un inocente, para que el tribunal le condenara por vuestra declaracion, y ora os hayais vendido, ora hayais cedido á las criminales sugerencias de otro, yo reclamo contra vos la pena del Talion.

El testigo, mas muerto que vivo, fué sacado del salon, y Onkelos al oír los duros apóstrofes de Nicodemus, pensó tal vez que la rabia le ahogaria allí.

Y el caso apurado para el fariseo era que no podia hablar, porque á ser así, el testigo convicto y confeso hubiera declarado el nombre del que le comprara é instruyera. Y ya sabemos que habria revelado el nombre del fariseo.

¡Terrible situacion! ¡Infierno anticipado para el miserable y orgulloso Onkelos!

CAPITULO XIV.

Últimos acusadores.

Los falsos testigos preparados por Onkelos, que aguardaban su turno para entrar á dar su infame declaracion, tuvieron alguna noticia, sin duda, del resultado obtenido por los compañeros que les habian precedido, así es que

dejando el piso principal de la casa, tomaron la buena resolucion de ir á calentarse en compañía de los soldados que estaban en el zaguan, donde encendieran fuego, pues la noche era bastante fría.

Así fue que cuando, por mandato del Nasi, el ugier del tribunal iba para introducir un nuevo testigo acusador, hallóse que la sala donde estos esperaban el turno estaba completamente desocupada, cosa que el indicado ugier participó al tribunal.

Gamaliel dijo entonces al Sanhedrin:

Los testigos acusadores faltan, y los que hasta aquí hemos examinado, han ofrecido acusaciones contraproducentes, pues ellos son los que han resultado criminales por acusar en falso á un israelita de crímenes de los cuales es inocente. En su consecuencia, si no se presentan otros testigos que acrediten la criminalidad de Jesús de Nazareth, el Nasi de Israel, revestido de toda su autoridad, se verá en el caso de dar una patente de inocencia al acusado, y de ponerle desde luego en libertad.

El razonamiento de Gamaliel levantó una formidable tormenta en el salon donde los jueces estaban reunidos.

—Lo que decís es de todo punto imposible que se haga, porque el Nazareno es un criminal que merece cien veces la muerte:—gritó Anás con desesperacion, y con un empuje rabioso, cual si pretendiera arrojarle sobre Gamaliel para despedazarle.

—¿Pues qué se debe hacer?—preguntó el Nasi con calma.—¿Acaso todos vosotros no habeis visto probada la inocencia de Jesús de Nazareth, acerca de todos los extremos de las acusaciones presentadas? ¿Tendríais valor de condenar á muerte á un inocente, contra quien no ha podido probarse criminalidad alguna?